



Tras los sismos y huracanes del Caribe

El presente artículo se integra a la serie dedicada al sesquicentenario de la fundación del Observatorio del Colegio de Belén, en La Habana (1858), y está dedicado a otro de los meteorólogos que desde las filas de la Compañía de Jesús, entregó a Cuba su saber y sus afanes.

Por LUIS E. RAMOS GUADALUPE

Como se ha anotado en artículos anteriores, el 24 de diciembre de 1943 murió en La Habana el padre Mariano Gutiérrez-Lanza, s.j., uno de los más competentes directores del Observatorio de Belén. Ese día, al tiempo de cerrarse la losa sobre su tumba, se ponía punto final al interregno de mayor brillo científico en la historia del célebre centro meteorológico habanero. Pudiera decirse también que el hecho abrió el capítulo final en la historia del Observatorio.

La vida ulterior de la institución estuvo conformada por sus dos últimos directores, los padres Simón Sarasola y José Rafael Goberna, pero sobre el primero de ellos recayó la responsabilidad de suplir la falta definitiva de Gutiérrez, y con el cargo la tarea de mantener el nivel científico de una institución que ostentaba desde hacía seis décadas un amplio reconocimiento en Cuba y en todo el mundo.

Sin duda alguna los superiores designaron a Sarasola por contar con la capacidad científica y la experiencia organizativa necesarias, dado que en esa fecha ya se había destacado sobradamente como meteorólogo sinóptico e investigador, e incluso en los trabajos sismológicos. En ello se parecía mucho a Gutiérrez. Téngase en cuenta que Belén no era un centro cualquiera; se hallaba entre los cinco observatorios más importantes de los que sostenía la Compañía de Jesús en el mundo.

Pero descubramos algunos rasgos de su vida: Simón Sarasola nació en 1871 en la comarca de Beliarraín, Guipúzcoa, España. Con sólo 16 años ingresó en la Compañía de Jesús y en 1897 —tras concluir sus estudios de Filosofía en el Colegio de Oña— viene a La Habana como profesor de Ciencias. De manera paralela a esa función actúa como adjunto del padre Lorenzo Gangoiti, s.j., a la sazón director del centro meteorológico de Belén, y en el trienio 1898-1901 es designado subdirector. Fue el primero en ocupar el cargo.

Tres años después Sarasola es enviado al Woodstock College, en Maryland, Estados Unidos, para completar sus estudios de teología. Ya había realizado su tercera probación y fue ordenado sacerdote por S. E. R. Cardenal Gibbons, con quien mantuvo en lo adelante una sólida relación de amistad. Durante su estancia en ese país intervino en los trabajos científicos que desarrollaba el Observatorio de Georgetown —lo cual sirvió a su propio entrenamiento—, y se dice que además participó en algunas investigaciones que por entonces se realizaban en el *Weather Bureau* (Servicio Meteorológico) estadounidense.

Al final de aquella etapa, en 1905, el padre Sarasola regresa a Belén y cuatro años más tarde se le envía a Cienfuegos con el cargo de asumir la ampliación y puesta a punto del nuevo Observatorio del Colegio de Nuestra Señora de Montserrat. Se entendía, muy acertadamente, que ese punto geográfico era vital para la vigilancia meteorológica de los ciclones tropicales del Mar Caribe, por lo que se hacía necesario tener allí a un experto bien calificado. Tuvo una destacada contribución en favor de los trabajos científicos y la nueva instrumentación con la que se amplió la pequeña estación preexistente.

Desde 1908, el nuevo Observatorio del Colegio de Montserrat, en Cienfuegos, dedicóse, en cuanto le permitían sus medios, a la previsión y estudio de los huracanes. Evitó, con oportunos pronósticos, serios peligros a la navegación por el mar del Sur, y llevó la tranquilidad a los habitantes de la ciudad en diversas ocasiones. Sus observaciones pueden verse en los Anales del Observatorio por espacio de doce o más años.

Sarasola permanece en Cienfuegos hasta 1920. Ese mismo año tiene lugar un acontecimiento de especial significado para él, porque el presidente colombiano, Marco Fidel Suárez, solicita a la Compañía de Jesús que comisione a alguno de sus experimentados padres para encabezar el proceso fundacional de un centro científico primordial: el Servicio Meteorológico de Colombia. Tras evaluar un grupo de propuestas, la candidatura para la misión se concreta en Simón Sarasola.

Concedidas las licencias pertinentes se traslada a Bogotá y despliega ingentes esfuerzos para organizar los trabajos del nuevo Observatorio del Colegio de San Bartolomé, cuya instauración tiene lugar en 1922. Nuevos instrumentos meteorológicos se adquieren y colocan en un pabellón construido a propósito en la azotea del edificio, y entre ellos merece destacarse el anemocinémógrafo —un equipo para medir la velocidad del viento, basado en el principio físico del tubo de Pitot— así como un telescopio de dos metros de distancia focal destinado a la Sección Astronómica.

A Sarasola corresponde además el mérito especial de haber emplazado los primeros sismógrafos que llegaron a Colombia, país andino con fuerte presencia de actividad sísmica y volcánica. Esto ocurrió en 1923, cuando se importaron dos instrumentos de ese tipo: un modelo Weichert de péndulo horizontal de 200 kg, y otro de péndulo vertical de una tonelada de peso, similar al gran sismógrafo existente en el observatorio de los jesuitas en la Cartuja (España).

Pero en 1940 Sarasola renuncia al cargo de Director del Servicio Meteorológico colombiano, y junto al padre Jesús Emilio Ramírez, s.j. (1904-1981), crea un nuevo centro: el Instituto Geofísico de los Andes Colombianos, también con sede en Bogotá, pero de marcada orientación sismológica. Claro que la permanencia de Sarasola en Colombia no transcurrió libre de contratiempos, pues en ese lapso hubo de afrontar espinosos desacuerdos extrainstitucionales y hasta conflictos en el orden filosófico y político. Viene al caso recordar, por ejemplo, que en 1942 el gobierno colombiano modificó sustancialmente el acuerdo denominado "Concordato", mediante el cual se puso fin a la autoridad de la Iglesia sobre el sistema educacional de la nación.

Mientras tanto, se agrava en La Habana el estado de salud del padre Gutiérrez-Lanza, y el 29 de julio de 1943, cuando la temporada ciclónica recién comenzaba, se dispone su urgente regreso a capital cubana para hacerse cargo de Belén. Por entonces el Mar Caribe occidental se vio libre del azote de ciclones, pero al año siguiente correspondió a Sarasola la responsabilidad de pronosticar la trayectoria del intenso huracán del 18 de octubre de 1944, de fatídica recordación por haber causado más de 300 muertos en el occidente de la Isla y cuantiosos daños materiales.



El capitán de corbeta José C. Millás y el padre Sarasola, sj, durante un homenaje en Batabanó, el 19 de marzo de 1945.

Durante su vida como forjador científico, el padre Simón Sarasola, s.j., integró la nomenclatura de prestigiosas instituciones, tanto meteorológicas como sismológicas. Entre otras merece señalarse su designación en 1916 como delegado al Congreso Panamericano de Washington, representando oficialmente a la República de Cuba; y después, por Colombia, se le pidió asistir a la Conferencia Internacional de Directores de Observatorios convocada por la Organización Meteorológica Internacional, efectuada en Varsovia.

Llegó a ser miembro de la Comisión Regional Tercera de la Organización Meteorológica Internacional, y concurrió a las reuniones celebradas en Lima, en 1937, y a Montevideo en 1939. Era miembro correspondiente de la Academia Colombiana de Ciencias Exactas, Físicas y Naturales. El gobierno de Colombia le honró con su más alta distinción; la Cruz de Boyacá, como testimonio de gratitud por su contribución al desarrollo de la ciencia colombiana.

Sarasola redactó y publicó textos de importancia, algunos de los cuales son aún hoy citados por los especialistas. Durante su permanencia en Colombia dirigió los Anales del Observatorio de San Bartolome desde 1922 a 1937, y fue por espacio de tres años editor de las *Noticias del Observatorio*. Fue además cofundador de la *Revista Javeriana*, publicación de la Universidad Pontificia Javeriana.

Una mención especial merece su famosa obra *Los Huracanes en las Antillas*, escrita en Bogotá y con varias ediciones. En ella Sarasola plasma su experiencia como meteorólogo pronosticador e incluye un esbozo de climatología de los ciclones tropicales. En el libro es posible constatar su propósito de dilucidar una probable relación entre la actividad solar y la ciclónica. En la edición de 1928, publicada en Madrid, se incluye un epígrafe redactado por su hermano en la fe y colega en la ciencia, padre Gutiérrez-Lanza, s. j., que contiene un estudio de caso sobre el huracán del 20 de octubre de 1926 e incluye una cronología de ciclones que aún es referencia imprescindible en los estudios sobre Ciclonología Tropical.

Entre los elementos que dieron fe de la importancia de *Los Huracanes en las Antillas* está su prólogo, escrito por el ingeniero José Carlos Millás, director del Observatorio Nacional y sobresaliente meteorólogo cubano. Al decir de Millás:

Muchos estudios especiales se han publicado en español sobre el mismo tema; pero otra obra moderna, dedicada exclusivamente a los huracanes de las Antillas, en nuestro idioma, no la conocemos. Es pues recomendable su libro a los navegantes que atraviesen estas latitudes; a los que habiten en las zonas afectadas por los huracanes, y, en general a toda persona deseosa de conocer algo más sobre los grandes remolinos que barren frecuentemente nuestras tierras y nuestros mares.

Sarasola redactó también un interesante libro titulado *Los creyentes en las Ciencias*, que tiene una segunda edición publicada en La Habana y que resulta útil leer. Por su acertado trabajo en relación con el huracán de 1944, ya citado, el gobierno de la Capital le hizo entrega de las llaves de la Ciudad de La Habana, y por el mismo motivo fue objeto de diversos homenajes como el que le tributó la villa de Batabanó —tanto a él como a Millás— como testimonio de agradecimiento por las vidas salvadas gracias a los pronósticos emitidos.

El padre Simón Sarasola, s.j., llevó la dirección del Observatorio de Belén hasta 1947, el mismo año de su muerte. Sus restos reposan en San Sebastián, su tierra natal. Ojalá estas líneas coadyuven a que su recuerdo también quede cerca de nosotros, porque en Cienfuegos, como en Bogotá o en La Habana, nos dejó los mejores años de su fértil vida dedicada a Dios y a la ciencia por la